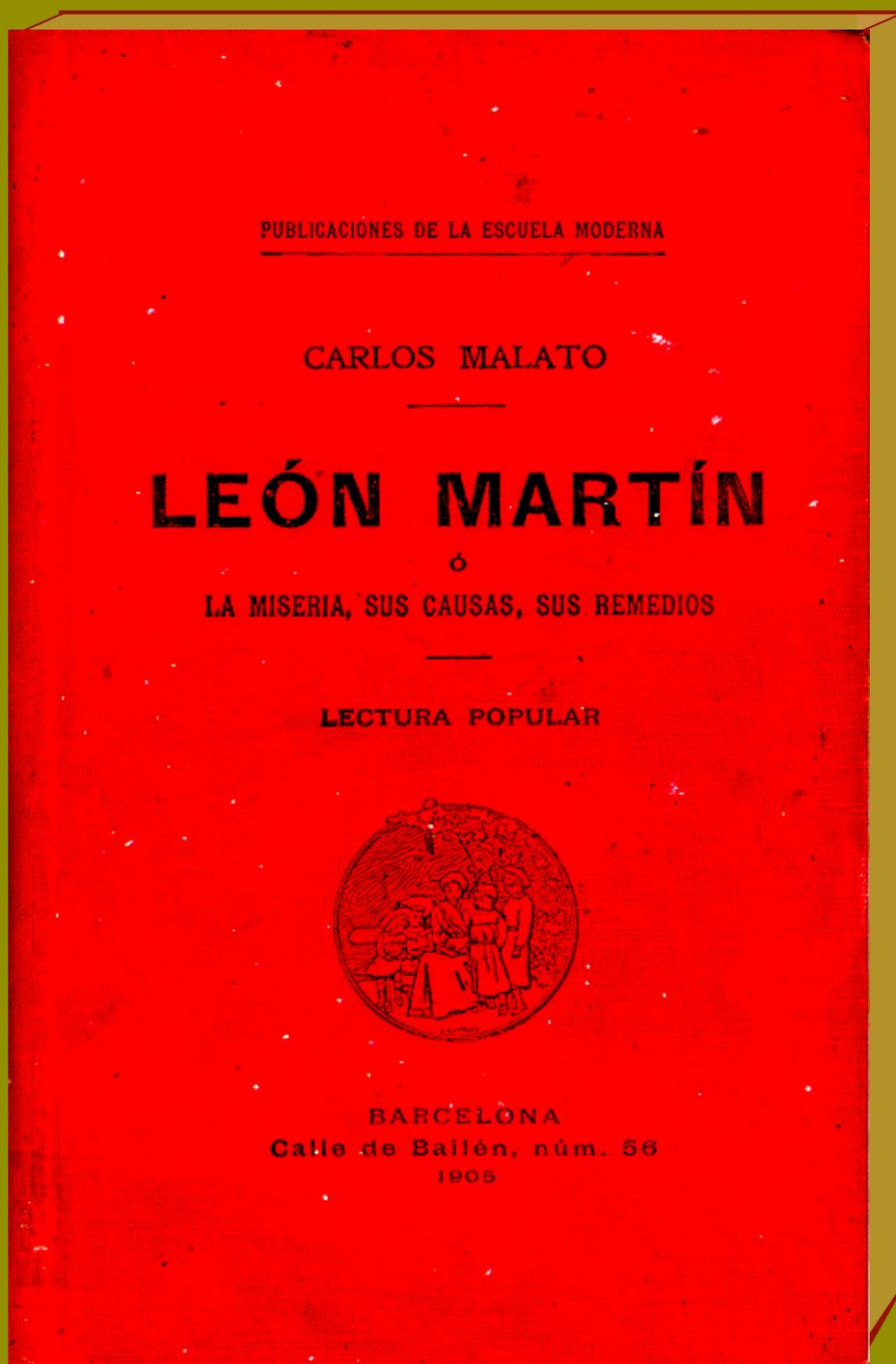


15.- MALATO, Carlos: *León Martín o la miseria, sus causas, sus remedios. Lectura popular.* Barcelona, Publicaciones de la Escuela Moderna, 1905, 166 pp.



Libro encuadernado en tela roja, tiene una extensión de 166 páginas y cuenta con dos notas explicativas. Se trata de un cuento extenso empleado como libro guía para la “lectura con explicación de palabras” en la clase de nivel elemental de la Escuela Moderna, los martes en horario de 10’15 a 11’00h. Su primera y única edición corresponde al año 1905.

El texto relata la historia de León Martín, un niño de ocho años que se encuentra a un pintor de muestras de tienda, llamado Estanislao Lupinsky. Los padres del niño autorizan a su hijo a acompañar al pintor que, a la vez que le suministra la enseñanza de una profesión, le inicia en un proceso de toma de conciencia que durará hasta que cumpla los 16 años.

A caballo de la narración, Malato desgrana algunos particulares análisis de la sociedad de su tiempo y de las claves de su funcionamiento, esbozando una teoría de la conspiración:

¿Por qué los hombres como el señor cura nos cuentan mentiras? (...)
-Porque esos hombres se entienden con otros pícaros de su especie que se llaman capitalistas contra los trabajadores, que forman la parte más numerosa de la humanidad. Los capitalistas los explotan, los curas los embrutecen, y cuando están a punto, es decir, cuando son bien ignorantes, cuando no se atreven á pensar, cuando creen ciegamente cuanto les dicen los que viven á su costa, pierden su dignidad y se incapacitan para comprender y defender sus intereses; entonces trabajan como bestias de carga para que coman y se enriquezcan sus amos, que no trabajan. ¿Comprendes?¹

Los “enemigos” a batir son, para Malato, los siguientes:

El capitalista:

No es posible enriquecerse sino por la casualidad que hace á uno heredero de un padre rico, por el hallazgo de un tesoro ó explotando el trabajo ajeno, y así enriquecido se es capitalista (...) Capitalista es aquel que posee mucho dinero y vive sin trabajar ó haciendo trabajar a los otros.²

La Iglesia Católica:

El papa, como todo el mundo sabe, es un hombre muy rico, que vive en Roma y tiene á sus órdenes y diseminado por todo el mundo una colección de negociantes que venden á buen precio vales de felicidad ultraterrena. En tiempos pasados los papas eran más poderosos que en la actualidad, porque podían impunemente quemar vivos los hombres que no se sometían á su autoridad. En el día, se es algo menos tonto y no pueden cometer tantos crímenes aunque cometen muchos aún. Uno de sus comercios más extraños es la venta de títulos de nobleza.³

León comenzaba á sospechar que los curas eran charlatanes más caros y malos que los que dicen la buena ventura (...) se apoderan de uno, desde que nace, por el bautismo, en el cual un padrino y una madrina prometen por él que ha de convertirse en un imbécil; le mantienen bajo su autoridad por la misa, el catecismo, la confesión, la primera comunión, la confirmación, el matrimonio religioso, hasta que, moribundo, le untan con aceite, lo que se llama la

¹ MALATO, Carlos: *León Martín o la miseria, sus causas, sus remedios. Lectura popular*. Barcelona,

² *Ibidem*, p. 44.

³ *Ibidem*, p. 10.

extremaunción, y, después de enterrado, le echan el último responso, y aun le conservan en tierra sagrada, es decir, de su propiedad (...).⁴

El Ejército:

Son matadores de hombres (...) Si operasen en pequeño y por cuenta propia, seguramente se les prendería; mas operan por cuenta de un gran patrón, que se llama el Estado, y en lugar de estrangular por aquí ó por allá una pobre mujer ó un transeunte noctámbulo para apoderarse de su portamonedas, pueden, gracias á sus armas perfeccionadas, matar miles de hombres á la vez, entrar países enteros á sangre y fuego y meter mano sobre muchos millones. Y en lugar de castigarlos se les recompensa con cintitas ó galones dorados, y se les pagan pensiones que han de pagar los trabajadores.⁵

La Policía:

En otro país, hay un cuerpo de esos matadores llamado *guardia incivil*, que está especialmente encargado de matar trabajadores al menor signo de agitación. Llegará un día en que conocerás la historia de Narciso y de Inmorales, dos jefes de ese cuerpo especial, y verás que bandidos eran.⁶

Los jueces:

Hombres como los matadores profesionales, los verdugos ó los polizontes, que el sexo masculino tiene el honroso privilegio de suministrar. Visten casi como los curas, á los cuales se parecen por sus costumbres y sus funciones, con la diferencia de que los curas condenan o absuelven para una vida futura, en nombre de su dios imaginario, mientras que los jueces condenan en la vida presente, en nombre de un libro estúpido y bárbaro llamado Código.⁷

En su análisis hay también reflexiones sobre la ley y el derecho:

Accesión es el derecho que por la ley, aunque no por la razón ni por la justicia, tiene el que disfruta del título de propietario á una cosa y á cuanto ésta produzca ó la hagan producir los trabajadores mediante el salario.⁸

Hallamos, por otro lado, una reformulación del concepto de delito y de la caracterización del delincuente:

Cuando un patrón paga cuatro pesetas á un trabajador para producir un objeto que le reportará el doble, ¿no te parece que le roba? (...) hay los agiotistas que roban de otra manera, jugando a la Bolsa, por ejemplo; los propietarios, que, escatimando el aire y la luz á los inquilinos, se hacen pagar muchas veces lo que les ha costado la casa; los rentistas, los accionistas de varias empresas industriales y especialmente los de minas, que sin hacer nada viven del trabajo de los infelices que penan á grandes profundidades subterráneas; los que sin trabajar ni aun explotar directamente, les ha bastado venir al mundo para gozar por herencia de todo lo que sus padres han reunido por la explotación, la astucia o la fuerza. ¿Cómo calificas tú á esos ricos que tienen tanto dinero sin haberlo ganado?⁹

⁴ Ibidem, pp. 19 y 20.

⁵ Ibidem, pp. 61-62.

⁶ Ibidem, p. 63.

⁷ Ibidem, p. 149.

⁸ Ibidem, p. 13.

⁹ Ibidem, pp. 90-91.

Comprar barato y vender caro, aprovecharse de la desgracia ó de la ignorancia ajenas, engañar sobre la cantidad y la calidad de la mercancía, faltar a su palabra y mostrarse feroz respecto de los desgraciados que no pueden pagar, eso es saber comerciar, y por eso abundan los tunantes que, como Monpoignon, se enriquecen. La ley les protege contra la cólera de sus víctimas, y son saludados respetuosamente por el agente de policía que detiene al desgraciado sin domicilio ó al hambriento que echa mano á un pan en la tahona.¹⁰

Bien mirado, no eran aquellas gentes responsables de sus crímenes, porque la mala educación recibida en la infancia y ciertas disposiciones paternas transmitidas en la sangre como se transmite el color de los cabellos ó el de los ojos, los había predispuerto al mal. Por eso puede decirse que los criminales son ante todo enfermos.¹¹

La transformación de la sociedad, en el discurso de Malato, tiene dos caminos, el primero, la educación:

Yo también quiero estudiar, saber leer, escribir, contar y todo lo demás que ha de saberse; me parece que entonces me instruiría más y mejor que escuchando al cura Necedal hablar de la mujer de Lot cambiada en estatua de sal, y de los angeles que tienen alas en la espalda. ¿Ha visto alguien ángeles?¹²

Estanislao era, no un amo autoritario, sino un guía, una especie de hermano mayor, cuyas indicaciones seguía el novel aprendiz con tanta precisión como complacencia.¹³

La otra vía de transformación aquí expuesta es la revolución:

El periódico anunciaba que un revolucionario había muerto al factotum de los Manoff, en el momento de salir de su casa en el coche (...) La noticia que publica este diario demuestra que existen aún hombres de corazón allí mismo donde hay más opresión y miseria. Un hombre más peligroso que los tigres y las víboras acaba de ser ejecutado. ¡Ya no habrá más víctimas! ¡Regocijémonos! Sí; regocijémonos, porque aunque los revolucionarios detesten hacer sufrir y deploren haber de matar, debemos proponernos la desaparición de los obstáculos que nos impiden ser libres y dichosos, aunque se trate de obstáculos vivientes.¹⁴

La transformación social es una necesidad ineludible para la construcción de la sociedad ideal aquí defendida:

Nuestro ideal es la libre organización, la ausencia absoluta de gobierno, el comunismo, que hará de la riqueza propiedad de todos.¹⁵

Cuando la propiedad individual desaparezca, desaparecerá con ella una multitud de males y de crímenes. ¿No es mejor impedirlos que castigarlos?

¹⁰ *Ibíd.*, p. 8.

¹¹ *Ibíd.*, p. 38.

¹² *Ibíd.*, p. 35.

¹³ *Ibíd.*, p. 56.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 103.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 145.

Del mismo modo, la eliminación de la autoridad hará desaparecer también la opresión de los unos, el cobarde servilismo de los otros, los odios, las rebeldías sangrientas, las guerras. No habrá indudablemente la perfección absoluta, porque entre los seres humanos hay diferencias de temperamento y de gustos, como hay también enfermedades que producen desarreglos del entendimiento y de la voluntad que causen actos perjudiciales, pero los que las padezcan serán una ínfima excepción (...) En lugar de matarlos ó de martirizarlos, se les cuidará como inválidos ó como enfermos y se procurará su curación.¹⁶

Así seguramente trabajarán los hombres, cuando sean menos ignorantes que en la actualidad: se asociarán según sus gustos y capacidades, se entenderán para distribuirse las tareas, y como trabajarán por su propia cuenta y no en provecho de patronos, se dedicarán con empeño y alegría al trabajo, que habrá dejado de ser una ignominia de esclavo y una maldición de réprobo, para adquirir su natural carácter de complemento y objetivo de nuestra energía y de nuestra actividad, á la par que dichoso equilibrio entre nuestras necesidades y nuestros goces.¹⁷

¹⁶ Ibidem, pp. 153-154.

¹⁷ Ibidem, p. 56.